

á no adormecerse, él, relinchando, vigilante, hubiera avisado á su amo de la presencia de una persona extraña en aquel lugar, que aconteció apenas pasaba media hora desde que caballero y caballo se durmieron.

Era esta persona una mujer, una jóven, casi una niña, y tan hermosa, que más que una criatura humana la hada de aquel verde y frondoso lugar parecía.

Era, en una palabra, esta criatura, Giazul, la que ya conocemos.

¿Por qué Giazul, la hija, á lo que parecía, del sacristan de la puebla de Alfagor estaba en el jardin de aquella rica y hermosa alquería que sin duda pertenecía á un gran príncipe?

La explicacion de esto requiere capítulo aparte.

CAPITULO V.

En que se decia quién era Giazul.

Diez y seis años antes, Hazema-ben-Kalib, kaid ó alcaide, como mejor queramos, de la guardia negra africana del rey de Toledo, volvió de una correría sobre las fronteras castellanas trayéndose algunos cautivos, mucho dinero y centenares de reses.

Entre los cautivos venia un noble caballero capitan del adelantado de Castilla sobre la frontera de los moros que el kaid Hazema-ben-Kalib habia cogido de sobre el campo lleno de heridas y áun moribundo.

Llamábase este caballero, que apenas si frisaba en los treinta años, Sancho Gutierrez de

Tordesillas, y era hermoso cuanto puede ser hermoso un hombre, sin menoscabo de su virilidad.

Túvole por muy rico Hazema-ben-Kalib y codicioso del rescate que por él le darian, llevóle á su propia casa de Toledo y metiéndole en su harem para que le cuidasen, con el propósito de sacarle de él en cuanto cobrase aliento bastante para ello.

Llegado habia el mísero D. Sancho con tan pocos alientos, que bien podia decirse que solo de un hilo, y aún así harto sutil, pendia su vida.

Pero como el afortunado kaid Hazema hablase de su cautivo al rey moro, este, contento por la grande hazaña que el kaid de su guardia negra habia llevado á cima, envió para que al cautivo curase á un famoso médico abisinio que en su casa tenia y á quien se creia tan sábio que habia llegado á decirse de él que resucitaba á los muertos.

Fuese que resucitase á D. Sancho, ó que no estuviese de Dios que muriese, D. Sancho vivió, y á los dos meses no parecia sino que por él no habia pasado el duro fracaso que á punto de morir le habia puesto.

Aficionóse Hazema-ben-Kalib á D. Sancho, y de tal manera, que le propuso que renegase, y

con él se quedase y que él le emplearia en el gobierno de su casa, que era muy rica y poderosa.

Conoció D. Sancho que viniendo en ello el yugo de su cautividad seria blando y aún honrado, y podria mejor encontrar un medio para recobrar su libertad perdida.

Pero como fuera muy cristiano, y le royese el alma remordimientos por la sola idea de renegar de la fé de Jesucristo, antes de jurar en falso, con grande reverencia, fué á pedir consejo al obispo muzárabe de Toledo, y este le dijo:

—Hijo mio, el que no reniega con el corazon aunque de palabra reniegue es como si no hubiera renegado, y yo tengo por lícito el que se engañe al enemigo, tanto más cuanto este reniego es injusto, y nos obliga á lo que no quisiéramos por el temor de los malos tratamientos ó de la pérdida de la vida; puesto que buenas ventajas te promete si tu religion abandonas, y de no, temes que irritado en tí se ensañe, engañale, que como no engañes á Dios, nada tienes de Dios que temer.

Renegó pues, en falso D. Sancho, volviéndose á la idolatría musulmana, pero quedando dentro de su corazon firmísimo cristiano, y tanto se agradó del Hazema-ben-Kalib, que le puso poco ménos tan alto como él en su casa.

Pero no le dió la libertad, como se lo habia pedido D. Sancho, ni cuando salió á campaña contra los cristianos, llevóle consigo que si le llevara él, aunque fuera á riesgo de su vida, se libertara.

Pero temiólo esto sin duda Hazema, y en su casa le dejó, y de tal manera, que de su casa no podia huir, por más que en ella los otros esclavos le honrasen y le respetasen, porque sabian que D. Sancho era el esclavo favorito de Hazema.

Pero dentro de la casa de su señor, D. Sancho estaba en completa libertad y no habia nada que para él fuese vedado, ni aun la entrada en el harem.

Los moros españoles no eran tan rígidos en cuanto á la clausura de sus mujeres como los moros de Africa.

Llenos están los romances y las leyendas, de moras célebres que asistian á las fiestas públicas, que se presentaban en la córte, que entraban, que salian, que semejantes á las damas de manto y litera de nuestro teatro antiguo, corrian aventuras ni más ni menos que la Dama Duende de Calderon, y escuchaban serenatas, y aún que pelaban la paba con sus enamorados como nuestras modernas andaluzas.

Estaba la casa de Hazema-ben-Kalib, á la

parte del mediodía de la ciudad, en la falda del monte donde esta se asienta, y su gran jardin ó huerta, llegaba hasta la verde y frondosa ribera del Tajo.

Allí se solazaban las esposas, las hijas, las esclavas y las doncellas que poblaba el harem del Hazema y que eran tantas cuantas le permitian su nobleza y su riqueza.

Por la tarde aquellas sombrosas enramadas que con las caídas de sus ramas tocaban la clara y serena corriente del Tajo, se poblaban de hermosísimas criaturas que iban allí á esparcirse, y cada una de las cuales parecia un arcángel.

Habia entre ellas una cautiva cristiana, hermosísima, y tan jóven, que apenas si llegaba á los catorce años.

Era hija del castellano de una de las fortalezas fronteriza.

Hazema-ben-Kalib habia sorprendido una noche el castillo del cual era alcaide el padre de D^a Estrella, le habia asaltado á escala franca, y habia degollado á todos los que dentro se encontraban.

No habia perdonado á nadie más que á D^a Estrella.

El castillo habia sido incendiado.

Los alárabes corrian de acá para allá cogiendo lo que encontraban ó matando á las personas.

El padre, la madre y los hermanos de D^a Estrella habian sucumbido al cruel hierro, y sólo á un milagro debió D^a Estrella el salvar su vida.

Hazema recorria frenético el castillo incendiado.

Tenia ódios contra su alcaide Juan Dieguez de Baeza.

El le habia vencido tres veces seguidas y le habia metido á lanzadas en el campo de Toledo.

Hazema habia jurado vengarse y llegó la ocasion de cumplir su juramento.

Juan Dieguez de Baeza habia sido muerto por él; su esposa habia caido bajo el yatagan del terrible moro, despues de haber sido profanada; sus dos hijos, el uno de diez y el otro de doce años, habian sido degollados.

A la vista de la sangre de sus padres y de sus hermanos, se habia desmayado la mísera Doña Estrella, y ya el yatagan del furioso y terrible moro Hazema se levantaba sobre ella, cuando sobrecogido de un amor súbito á la vista de la hermosa jóven, detuvo su brazo, y en vez de matarla, asió de ella, la sacó del incendiado castillo, la puso sobre su caballo y la condujo á su harem de Toledo.

Hasta entonces, Hazema-ben-Kalib, que parecia nacido solo para la guerra y el exterminio, no habia amado.

Si tenia esposas y concubinas, no era ciertamente á impulsos del amor, sino porque los árabes fundan principalmente su orgullo en dejar una larga descendencia semejante á la de Noé.

Doña Estrella ablandó el corazon de roca del feroz Hazema.

Le obligó, le humilló, hizo brotar las primeras lágrimas que salieron por los ojos de aquel tigre de la Persia, y el continuo desden, el ódio continuamente manifestado de Doña Estrella, venian á ser el castigo de las terribles crueldades con que habia manchado su victoria.

Hazema, delante de Doña Estrella se sentia cobarde, débil, humillado, esclavo.

La jóven veia en él al asesino de su padre y de sus hermanos, y le miraba con un creciente horror.

A la vista de Hazema huia.

Cuando no podia huir, hacia caer sobre él todo el peso de su ódio y de su desprecio.

Hazema se sentia sin fuerzas para ejercitar su itranía de señor contra la terrible jóven, que se conservaba pura en el harem de Hazema, á despecho del amor irritado y desesperado de éste.

Parecia que un muro de diamantes defendia á Hazema de su amo.

Este se esforzaba en las dádivas, en todo género de rendimientos.

Pero Doña Estrella rechaza las unas y despreciaba los otros.

Jamás vestia las ricas telas de la India y de la Pérsia que el enamorado Hazema la ofrecia.

Nunca las perlas y las pedrerías que se ponian á sus piés eran tocadas por ella.

Unicamente, y aún así por no estar desnuda, llevaba una sencilla túnica de lana blanca y una toca sobre los magníficos cabellos negros.

Doña Estrella era reverenciada, servida, adulada por todas y por todos los que en el harem vivian.

Se sabia que ella era el corazon de Hazema-ben-Kalib.

Irritado éste continuamente por los desdenes de doña Estrella, para satisfacer su rabia se lanzaba sobre la frontera cristiana desesperado, y estremaba allí su valor y su coraje.

Habia contraido amor á la batalla, al horror, y buscaba la muerte sin encontrarla nunca, aunque se metia de continuo en lo mas trabado de la pelea.

Pasaba, pues, largas temporadas en sus excursiones fuera de Toledo.

Durante estas ausencias, D. Sancho se quedaba, como quien dice, regentando la casa, con entrada libre en el harem.

Muy pronto el amor empezó á hacerse sentir recíprocamente en D. Sancho por doña Estrella y en doña Estrella por D. Sancho.

Tenian tiempo y ocasion sobrados.

En fin, aquel mismo rio que vió la profanacion de Florinda por D. Rodrigo, que tan funestas consecuencias produjo á España, vió el logro de los amores de doña Estrella y de D. Sancho.

Ella no habia renegado, ni aún ostensiblemente.

El aparecia renegado, siendo cristiano en el fondo del alma.

Esto fué causa de que doña Estrella, en los primeros tiempos, le mirase con desvío y aún con horror á pesar del amor que por él sentia.

Pero cuando supo que D. Sancho no era renegado más que en la apariencia, se encendió su amor de una manera tanto más vehemente, cuanto que el amor habia sido más combatido.

Una noche se escaparon sigilosamente del ha-

rem y se fueron casa del obispo mozárabe, que los casó en secreto.

Despues de esto volvieron á entrar recatadamente en la casa de su amo.

Pero puede disimularse todo excepto el amor.

Por más que nuestros cautivos pretendieron ocultar el suyo, las otras esclavas del harem se apercibieron, y envidiosas como lo estaban de la preferencia que sobre todas daba á doña Estrella Hazema, cuando éste volvió de una de sus excursiones le revelaron lo que sabian acerca de los amores de D. Sancho y de doña Estrella.

Además, que poco tiempo hubiera bastado para que Hazema hubiera conocido por sí mismo que doña Estrella amaba.

Encontrábase en estado de maternidad, y llegó un momento en que no pudo ocultarlo.

Hazema fué cruel.

No mató á D. Sancho.

Esto le parecia pequeño castigo.

Le mandó sacar los ojos, cortar la lengua y las manos, y le encerró en una lóbrega mazmorra, en una sepultura de vivos, húmeda, fria, insoporable, desnuda, sin lecho, por mezquino que hubiese sido, en que reposar, desnudo, hambriento, porque no se le daba más que lo necesario para que no muriese.

Estaba aherrojado de tal manera, que ni aún ejercitar su fuerza contra sí mismo podia.

El implacable Hazema bajaba todos los dias á su mazmorra á insultarle, á injuriarle, á abofetearle, á martirizarle.

Harto cara pagaba la imprudencia de su amor el pobre D. Sancho.

En cuanto á doña Estrella, Hazema fué mucho ménos riguroso.

Se redujo á encerrarla en una alta torre.

Pero allí no la faltaba nada.

La cámara en que estaba era magnífica, y en ella se habian apurado el lujo y las comodidades.

La manutencion era suculenta y espléndida, aunque doña Estrella, desesperada, apenas tomaba alimento.

Hazema la visitaba todos los dias, pero rendido, suplicante.

Doña Estrella le miraba con más horror y más desprecio que antes.

Llegó, al fin, el término del alumbramiento, y doña Estrella dió á luz una niña hermosísima.

El nacimiento de Giazul costó la vida á su madre, porque Giazul era la desdichada hija de D. Sancho Gutierrez de Tordesillas y de doña Estrella Juanes de Baeza.

La muerte de ésta causó la locura de Hazema, que extremó su ódio contra los cristianos, su rábía en la pelea, y en las crueldades de que hizo víctima al infeliz D. Sancho, que á pesar de ellas no sucumbió.

Criábase la pequeña Giazul en el harem de Hazema-ben-Kalib.

Pero á éste se le hizo al fin insoportable la vista de la niña, que era un pequeño retrato de su madre, y no atreviéndose á exterminarla, la entregó para que la criase y la guardase á Muzay-ben-Koixa-el-Ferax, sacristan ó muecin de la mezquita de la Puebla de Alfagor, vasallo suyo, al que, por los méritos que habia contraído en una y otra batalla, le habia concedido aquel oficio de sacristan que era muy lucrativo.

Llevóse Muzay-ben-Koixa á la Puebla de Alfagor á la pequeña Giazul, la amó como si hija suya hubiera sido, la mantuvo con lujo, porque la gran cantidad de doblas de oro que le habia dado Hazema bastaba para sufragar estos gastos, y Giazul llegó á los doce años, hermosísima, desarrollada ya, admirable.

Por aquel tiempo ya habian avanzado los cristianos sobre el reino de Toledo, y el rey moro habia puesto en armas toda la tierra de Madrid.

Con el rey allá se fué la córte, y con la córte

un kadí que se llamaba Omar-ben-Suleyman, el cual tenia una madre jóven y aún hermosísima.

Esta señora habia comprado una alquería en las orillas del Henares, y á ella se habia retirado á llorar su reciente viudez.

La rodeaba una numerosa servidumbre de esclavas y de magníficos esclavos.

Los médicos la aconsejaron, á causa de una enfermedad, fuese á tomar los aires de la sierra, y se trasladó á Alfagor, donde, asistiendo á la mezquita, conoció á la hermosa Giazul, que pasaba por hija del sacristan.

Prendóse Noema, que así se llamaba aquella señora, de la belleza y del candor de Giazul.

Se hizo amiga de la mujer del sacristan.

Conoció por ella la historia de la jóven, y tan espléndida se mostró con los dos esposos, que cuando Sayda Noema (Sayda quiere decir señora) hubo de partir para su alquería del Henares, solicitó y obtuvo llevarse á Giazul para que pasase el verano con ella.

Y así alternativamente, una temporada Giazul en la casa de sus padres putativos, otra en la casa de Sayda Noema, pasaron dos años acreciendo en ellos de una manera imponderable su

hermosura, hasta el punto de que se hizo maravillosa.

Por entonces fué cuando D. Pero Nuñez de Lara, ganoso de aventuras, llegó, como sabemos, á la alquería de Sayda Noema, y no encontrando en su extenso jardín á nadie, y rendido de fatiga, se escondió con su caballo entre una espesura de mirtos, y tendiéndose allí sobre la fresca yerba, se quedó dormido.

Giazul era, pues, la hermosa criatura que habia sobrevenido con el calor de la siesta durante el sueño del bravo y jóven aventurero.

CAPITULO VI.

El primer momento del amor.

Giazul acostumbraba á ir durante el gran calor de la siesta á aquel lugar sombroso, cerca del agua, donde se gozaba un fresco vientecillo saturado del perfume de las flores, á leer poesías, muchas de las cuales habian sido consagradas á ella por enamorados, ó hermosos cuentos de hadas ó de encantos.

A la caída de la tarde iba á buscar á Sayda Noema, ó Sayda Noema iba á buscarla á ella.

Giazul no tenia penas.

Ignoraba de todo punto la tragedia de sus padres.